

no es nada más que el hecho; y no es solamente el hecho europeo; es el hecho del siglo xvi. Parece horrible, y lo es ante la idea moral del siglo xix.

Esta lucha del derecho y del hecho existe desde el principio de las sociedades; el trabajo de los sabios tiene por objeto terminar el duelo, amalgamar la idea pura con la realidad humana, hacer penetrar pacíficamente el derecho en el hecho.

II

MAL COSIDO

Pero uno es el trabajo de los sabios, y otro el de los hábiles.

La revolución de 1830 se había detenido muy pronto.

Tan luego como se calma al llegar al puerto la tempestad revolucionaria, los hábiles se apoderan del buque naufrago.

Los hábiles, en nuestro siglo, se han conferido á sí mismos la calificación de hombres de Estado; si bien esta palabra hombre de Estado ha concluído por pertenecer algo al caló. No se olvide, que allí donde no hay más que habilidad, hay, necesariamente, pequeñez. Decir, pues, los hábiles, equivale á decir: las medianías.

Del mismo modo que decir: los hombres de Estado, equivale algunas veces á decir: los traidores.

A creer á los hábiles, las revoluciones, como la de julio, son arterias cortadas, y es preciso hacer pronto la ligadura. El derecho proclamado en toda su grandeza, estremece; y una vez afirmado el derecho, es necesario afirmar el Estado: asegurada la libertad, es preciso pensar en el poder.

En esto, los sabios no se separan aún de los hábiles, pero principian á desconfiar. El poder, sea; pero ante todo, ¿qué es el poder? Y después, ¿de dónde viene?

Los hábiles aparentan no comprender esta objeción y continúan su maniobra.

Según estos políticos, muy ingeniosos para cubrir las ficciones de que pueden aprovecharse con una máscara de necesidad, lo que primero hace falta á un pueblo, después de una revolución, cuando este pueblo forma parte de un continente monárquico, es proponerse una dinastía. De este modo, dicen, puede tener la paz, después su revolución; es decir, el tiempo necesario para sondear sus llagas y reparar su casa. La dinastía oculta los andamios y cubre los hospitales de sangre. Pero no es siempre fácil encontrar una dinastía.

En rigor, basta el primer hombre de genio, ó el primer hombre de fortuna, para hacer de él un rey. En el primer caso, resulta un Bonaparte; en el segundo, un Itúrbide.

Mas para hacer una dinastía no basta una familia cualquiera. Debe haber necesariamente cierta cantidad de antigüedad en una raza; y las arrugas de los siglos no se improvisan.

Si nos colocáramos bajo el punto de vista de los «hombres de Estado», haciendo todas las reservas convenientes, y preguntáramos, después de una revolución, cuáles son las cualidades del rey que de ella hubiera de salir, nos responderíamos: Puede ser y es útil que sea revolucionario, es decir, participe personal de esta revolución, que haya puesto en ella la mano, que se haya comprometido ó distinguido en ella, que haya tocado el hacha ó manejado la espada.

¿Cuáles son las cualidades de una dinastía? Debe

ser nacional, es decir, revolucionaria á cierta distancia; no por sus actos consumados, sino por las ideas aceptadas; debe componerse de lo pasado y ser histórica, componerse del porvenir y ser simpática.

Todo esto explica por qué las primeras revoluciones se contentan con encontrar un hombre, llámese Cromwell ó Napoleón; y por qué las segundas quieren, absolutamente, encontrar una familia, la casa de Brunswick, ó la casa de Orleans.

Las familias reales se asemejan á esas higueras de la India, cuyas ramas se encorvan hasta la tierra, echan raíces y se convierten en nuevos troncos. Cada rama puede ser una dinastía; con la única condición de bajarse hasta el pueblo.

Tal es la teoría de los hábiles.

Este es, pues, el arte sublime: hacer que un acontecimiento suene algo á catástrofe, para que los que se aprovechen de él tiemblen también; sazonar con un poco de miedo un paso de hecho; aumentar la curva de la transición hasta retardar el progreso; endulzar la obra; denunciar y disminuir los preparativos del entusiasmo; cortar los ángulos y las uñas; acolchar el triunfo; arrojar el derecho; rodear al gigante-pueblo de franela, y meterle en cama en seguida; imponer dieta á exceso de salud; tratar á Hércules como convaleciente; desleir el acontecimiento en el expediente; ofrecer á los ánimos sedientos del ideal, este néctar con tisana; tomar sus precauciones contra el éxito demasiado grande; guarnecer la revolución con una pantalla.

En 1830 se practicó esta teoría, aplicada ya en Inglaterra en 1688.

La de 1830 fué una revolución detenida á media playa; progreso á medias; semi-derecho. Pero la lógica ignora el casi, absolutamente lo mismo que el sol ignora que haya velas.

¿Y quién detiene la revolución á media playa? Esa parte de la clase media compuesta de los que de nada se han hecho algo; y miran sólo á su conservación.

¿Y por qué?

Porque esta clase media es el interés satisfecho; ayer era el apetito, hoy es la plenitud, mañana será la saciedad.

El fenómeno de 1814, después de Napoleón, se reprodujo en 1830, después de Carlos X.

Se ha querido equivocadamente hacer de esa parte de la sociedad, representada en el tendero que gana, una clase. Esta clase media es simplemente la parte contenta del pueblo. El individuo de esta llamada clase, es el hombre que tiene ahora tiempo para sentarse; y una silla no es una casta.

Mas por querer sentarse demasiado pronto, se puede detener la marcha del género humano; y esta ha sido casi siempre la falta de esa parte del pueblo.

No constituye una clase el cometer una falta: el egoísmo no es una de las divisiones del orden social.

Por lo demás, debemos ser justos, aun respecto del egoísmo; el estado á que aspiraba después de la conmoción de 1830 esta parte de la nación de que vamos hablando, no era la inercia, que se complica con la indiferencia y la pereza, y que es algo vergonzosa; no era el sueño, que supone un olvido momentáneo, accesible á los ensueños: era un descanso, un alto.

Hacer alto es una frase que tiene doble sentido singular, y casi contradictorio: tropa en marcha, quiere decir movimiento; alto, quiere decir reposo.

Hacer alto es reparar las fuerzas; es el reposo armado y despierto; es el hecho consumado que pone centinelas y se mantiene en guardia. El alto supone el combate ayer, y el combate mañana.

Este es el intermedio de 1830 y de 1848.

Lo que aquí llamamos combate, puede también llamarse progreso.

Era preciso, pues, á esta parte de la clase media, como á los hombres de Estado, un hombre que representase esta palabra: ¡Alto! Un Atrás y Adelante; una individualidad compuesta que significase revolución y estabilidad: en otros términos; que consolidase lo presente por medio de la compatibilidad evidente de lo pasado y lo porvenir.

Este hombre se «encontró enteramente». Se llamaba Luis Felipe de Orleans.

Los 221 hicieron rey á Luis Felipe; Laffayette se encargó de la consagración, y llamó á la nueva monarquía *la mejor de las repúblicas*. El *Hôtel de Ville* de París reemplazó á la catedral de Reims.

Esta sustitución, de un semi-trono á un trono completo, fué la «obra de 1830.»

Cuando los hábiles hubieron concluido, apareció el vicio inmenso de su solución: todo se había hecho fuera del derecho absoluto. El derecho absoluto gritó: ¡Protesto! Y después, cosa formidable, se sumergió en la sombra.